

colección
**PERIODISMO
CULTURAL**

Horas y deshoras

Miguel Ángel Flores

PRÓLOGO DE JUDITH AMADOR TELLO





Miguel Ángel Flores estudió economía en el IPN. Se inició muy joven en el periodismo cultural. Sus colaboraciones han aparecido en publicaciones como *Excélsior*, *El Universal*, *La Jornada*, *Milenio*, *Revista de la Universidad*, *Vuelta*, *Casa del Tiempo*, y *La Gaceta* del FCE. En la revista *Proceso* ha desarrollado más amplia y asiduamente su labor de difusor cultural. También es profesor e investigador en la UAM-Azcapotzalco. Recibió el Premio Nacional de Poesía Ciudad Aguascalientes (1980). Algunos de sus libros de poesía son *Contrasuberna* (1981), *Sombra de vida* (1986), *Isla de invierno* (1996), *Umbra y memoria* (1999), *Pasajero de sombras* (2007), *Jardín atlántico* (2008) y *Yo cuervo* (2012). Como becario del Fonca tradujo y preparó una antología de los poetas de la Escuela de Nueva York. También tradujo poemas de Fernando Pessoa, Paul Claudel y Wallace Stevens. Ha pronunciado conferencias en universidades del extranjero (Columbia, Nova de Lisboa, Carolina de Praga, la de Varsovia, Elte de Budapest).

Prólogo

Para el ejercicio del periodismo se requieren las horas del día. Aquellas en que el reportero se encuentra con los personajes de sus entrevistas o asiste a los actos donde encuentra la materia de sus notas. Pero, también, las deshoras, cuando entre los libros y las fuentes escritas se hurga en busca de los datos que ayudan a ser más precisos o en las que se indaga preparando el terreno para las conversaciones. Finalmente, cuando se batalla a solas frente al teclado y, por lo general, contra el tiempo, para que los largos diálogos o la abundancia de información y de datos puedan ajustarse a las casi siempre pocas cuartillas.

Por ello no se equivoca Miguel Ángel Flores al darle el título de *Horas y deshoras* a este libro suyo, en el cual reúne una variedad de entrevistas, crónicas, ensayos, reseñas y reportajes publicados casi en su totalidad en el semanario *Proceso*, si bien ha desarrollado asimismo su labor periodística en otros medios: *Casa del Tiempo*, *La Cultura de México*, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica (FCE)* y *Revista de la Universidad de México*, entre otros.

Más de medio centenar de textos integran este volumen dividido en cuatro apartados: "Conversaciones y variaciones", "En el espejo de los días", "Sepan cuantos..." y "... Está en los libros". Cada uno de los subtítulos anticipa el contenido del capítulo. Las entrevistas, en las que desentraña a varios personajes, están en el primero y más amplio. Desfilan aquí, entre otros, el poeta estadounidense, representativo de la Generación

Beat, Allen Ginsberg, el especialista John Brushwood, Sergio Galindo, Carlos Castaneda, el fotógrafo Lütfi Özkök —quien revela cómo logró la difícil tarea de fotografiar a Samuel Becket—, Leopoldo López Velarde, hermano del poeta zacatecano, el pintor Vlady y una docena más.

El reflejo de la realidad de determinados momentos, coyunturas o temas pertinentes cabe en el segundo apartado, donde el autor desglosa temas como la fusión de las editoriales Planeta y Joaquín Mortiz, que cambió de rostro el proyecto de Joaquín Díez-Canedo; un balance de los 50 años del Palacio de Bellas Artes; la revisión de la obra del escritor venezolano Rómulo Gallegos, o la descripción del —en su momento— polémico Proyecto Tajín.

“Sepan cuantos...” evoca el título dado por Alfonso Reyes a la famosa colección editorial realizada por Porrúa Hermanos. Al igual que la serie, este capítulo es finito aunque se antoja suficientemente abarcador, pues incluye autores de ambos lados del mundo: lo mismo al ruso Andrei Voznesensky, con motivo de su participación en el Festival Internacional de Poesía de Morelia, Michoacán, que a Ezra Pound en sus contradicciones ideológicas; a Václav Havel, tras su muerte, que a José Emilio Pacheco cuando ingresa a El Colegio Nacional. Y aquí, justamente, alcanza a publicar una semblanza de Carlos Fuentes, quien falleciera en mayo de 2012.

El propio Miguel Ángel Flores relata que tomó el subtítulo de su último apartado, “... Está en los libros”, a partir de una frase que pronunciaba Francisco Zendejas en su programa nocturno de Radio UNAM. El capítulo está dedicado ciertamente a los libros, a las reseñas que el autor hacía de distintos títulos.

Además de la clasificación que los apartados le dan a esta antología, los textos se presentan en orden cronológico y abarcan un periodo que va de 1981 a 2012. Cierran, en cuanto a fechas, justo con el obituario de Fuentes, publicado por Miguel Ángel Flores en *Casa del Tiempo*, en julio pasado, aunque las páginas de este libro culminan con un texto sobre el Premio Nobel de Literatura 2012, Mario Vargas Llosa.

El orden no obliga a una lectura secuenciada. La variedad de temas y de personajes, y el hecho de que sean en su mayoría escritos muy breves, permite saltar de un texto a otro sin perder ilación.

Y si bien el quehacer periodístico es el testimonio de un aquí y ahora, y la materia noticiosa es flor de un día que pierde frescura casi en la misma jornada en que está siendo publicada, los textos aquí reunidos no se antojan antiguos ni faltos de vitalidad. Incluso los primeros, escritos hace ya treinta años, conservan su carácter de testimonio. En su momento debió asombrar a no pocos que Miguel Ángel Flores revelara la negativa de Jaime Torres Bodet a brindar asilo político a Pablo Neruda, pero hoy, sin duda, sigue siendo una historia sorprendente, como lo será, para algunos, enterarse del pasado cristero que quiso borrar el hombre de Estado y personaje público en el que se convirtió después el escritor Agustín Yáñez, quien ocupara la Secretaría de Educación Pública (SEP) entre 1964 y 1970.

Así parecen irse tejiendo de nueva cuenta varias historias que el escritor, ensayista, poeta y con estudios de economía en el Instituto Politécnico Nacional (IPN), fue construyendo con trabajo de investigación, con "olfato" y con mucha "talacha", como se dice en el argot periodístico. Como poeta, demuestra su habilidad en el manejo del lenguaje al recrear atmósferas y momentos, pero nunca en detrimento de la información ni de los datos duros. Ninguna de sus notas es sólo un juego de palabras o creación de imágenes carentes del elemento principal que es la información. Miguel Ángel interroga, escucha, insiste en las preguntas pertinentes —o impertinentes, según sea el caso— para lograr desentrañar lo que busca.

Miguel Ángel cuestiona a Carlos Castaneda si es verdad que **Don Juan** no existe y si es una construcción literaria suya, y el antropólogo y escritor se defiende al decir que esas son preguntas de periodistas que no han leído su obra. Pero Flores insiste, no necesita consignar los libros que ha leído previa o posteriormente a sus entrevistas, están ahí presentes. Así, se

hace evidente que no acude con los entrevistados para escucharlos en actitud pasiva: sostiene diálogos de tú a tú con muchos de ellos.

Y si bien —en tanto que él mismo ha tenido una trayectoria como ensayista y escritor— los temas literarios y las entrevistas con escritores están presentes en mayor proporción, podemos encontrar también escritos sobre arte, patrimonio cultural, historia o política. La realidad que le rodea es su principal materia prima y, por ello, hay notas vinculadas a su paso por Praga, donde dio clases en la Escuela de Economía de esa ciudad, así como a otras ciudades.

El libro es, en suma, no sólo una antología del trabajo periodístico y literario de Miguel Ángel Flores, sino también parte de la historia de la cultura del país y del mundo.

Judith Amador Tello

Introducción

Un novelista que vivió entre los siglos XVIII y XIX calificó la novela como un espejo que se recorre a lo largo de un camino. ¿Cómo podríamos describir el periodismo que también tiene como materia prima la palabra y cuanto ocurre en la vida? El espejo del novelista puede ser adaptado al gusto del escritor, y puede obligarlo a alterar cuanto refleja, según sus necesidades como creador de ficciones, pero el del periodista no puede desviarse de cuanto refleja, a riesgo de falsificar las imágenes captadas. Tiene que ser objetivo, pero ¿se puede ser objetivo en asuntos de la condición humana? Ése es el gran reto del periodismo: imponerse la obligación de la objetividad. Sobre todo porque lo que el periodista recoge de la actividad diaria se convierte en parte fundamental de ese mosaico que llamamos actualidad, que finaliza y recomienza cada día, y mediante ella el hombre busca fijar la verdad de los hechos. Y el registro de esa actualidad se va convirtiendo con el paso de los años en la memoria de una comunidad. El periodismo, repetamos un lugar común, es la materia prima de la historia. Hay **que** recabar las palabras de los testigos; indagar; convertir las páginas de las publicaciones periódicas en un ágora donde **converjan** las voces que nos hablan de la relación de los hechos; **evaluar** lo que nos ofrece la esfera del arte y transmitir datos; **comentar** lo que dicen los libros, que han tenido entre sus **fuentes** de información el periodismo. Unos se ocuparán de **las** entrevistas y reportajes y otros de las opiniones, y así se **irá armando** el caleidoscopio de la actualidad.

Cuando se lee, años después, lo que se reportó y se opinó en un momento dado, parte de lo que se escribió puede dar la impresión de que se incurrió en falsas profecías, pero ¿quién posee la clave del cauce que tomarán las actividades de una comunidad? ¿Cuánto de lo que se produce en el ámbito de la cultura avalará el futuro y cuánto incrementará la suma de actos fallidos? Preguntas de respuesta imposible; mientras tanto concretémonos a escribir lo que exige la hora presente que se tejerá en un conjunto de deshoras, algunas rescatadas por la memoria.

Todos los textos que aquí se reproducen, salvo dos, fueron publicados en la revista *Proceso*, publicación en la que he desarrollado la mayor parte de mi actividad como periodista. Quiero aquí agradecer, una vez más, la generosidad de don Julio Scherer García, Vicente Leñero y Armando Ponce, que me permitieron trabajar con total libertad y me dieron muy valiosos consejos sobre el oficio del periodismo. Asimismo agradezco a José Luis Martínez S., director del suplemento *Labyrintho de Milenio Diario*, y a Bernardo Ruiz, editor responsable de la revista *Casa del Tiempo* de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), la hospitalidad que dieron a mis textos.

Quiero destacar que en Radio UNAM Francisco Zendejas tenía a su cargo un programa nocturno (yo formaba parte de su auditorio) y en él se ocupaba de las novedades bibliográficas. La apertura del programa se iniciaba con la frase, que él mismo había acuñado: "Todo lo que somos, lo que hemos sido y lo que soñamos ser, está en los libros". Tales palabras siempre me parecieron muy sabias. En recuerdo de la generosidad de Francisco Zendejas, he querido titular mis reseñas bibliográficas con la parte final de su frase.

Por último, quiero señalar que todos los textos aquí reunidos se publican tal como fueron publicados en su momento; sólo me he permitido, en algunos casos, hacer ciertas precisiones de fechas o años y, en otros, ligeras correcciones que me han parecido indispensables.

Miguel Ángel Flores

CONVERSACIONES Y VARIACIONES

Regreso del hijo pródigo: el poeta Allen Ginsberg

Mucha tinta ha corrido desde el primer viaje a México de Allen Ginsberg en 1954 y muchas cosas han pasado en ambos lados de la frontera. Ginsberg desde 1956, año de publicación de su libro *Howl* (*Aullido*), saludado elogiosamente por William Carlos Williams, vive instalado en la fama, que se traduce en el constante asedio de la prensa y los admiradores, pero esto no parece incomodar al poeta. Hace unas semanas regresó al país que fue tierra de peregrinación para los miembros de la Generación Beat. País de la aventura, de la mariguana, de un modo de vida más auténtico, según ellos, que contrastaba con la placidez y mediocridad de la era de Eisenhower; México está asociado al nacimiento de una sensibilidad que dio libros como los de Kerouac. Sin duda, el autor de *Aullido* es la figura central de ese conjunto de escritores conocido como la Beat Generation, es el *clown*, el histrión, el hombre que ha sabido renovar su espectáculo poético, el contestatario de siempre, el hombre de la transgresión y el humor.

—Ahora su vista es más miope y en su rostro es visible la huella que han dejado los excesos: no representa sus 55 años. Le ha agradado conocer Morelia y enterarse de que en México despiertan interés su persona y su obra. El público aplaudió con entusiasmo su participación en el festival de poesía y celebró sus ocurrencias, como la de hacer cantar la traducción de uno de sus poemas a Beatriz Sheridan; el poema de Plutonio que leyó la noche de su presentación mostró la vitalidad de su vena lírica.

—*Hacia muchos años que no nos visitaba.*

—Bueno, quise regresar a México en 1967, pero en Laredo las autoridades mexicanas de migración me impidieron el paso. Venía con mi familia: mi hermano, su esposa y cuatro hijos. Me dijeron que me regresara a Nueva York a bañarme y rasurarme, y que sólo así podría entrar al país. Un hombre de "relaciones públicas" me condujo a la frontera. Fue algo arbitrario, sádico. Yo era un hombre viejo, con una familia, con un coche y mil dólares. No había razón para que me trataran así.

—*Los cubanos tampoco fueron amables con usted en 1965, ¿no es así?*

—Los cubanos se volvieron paranoicos. Me había reunido con un grupo de jóvenes poetas y con Emilio Ballagas. Durante mi estancia en Cuba, Castro pronunció un discurso contra los homosexuales. Me quejé en privado. Esto motivó que me incomunicaran en mi cuarto de hotel. Se me impidió hablar con mis amigos. Tres hombres uniformados me condujeron al aeropuerto. Pregunté si ya había sido informada Haydée Santamaría y me respondieron que lo sabría después. Migración me comunicó que se me expulsaba por quebrantar las leyes de Cuba. Pregunté qué delito había cometido y se me dijo: "Eso pregúnteselo a usted mismo". Era una respuesta kafkiana.

—*Ese mismo año las autoridades checas no lo trataron mejor.*

—De Checoslovaquia me expulsaron porque fui elegido rey de las fiestas de mayo. Se trata de una fiesta agrícola de origen medieval, que se celebraba por primera vez después de la guerra. La elección del rey es democrática. Es una fiesta de la fertilidad. Las autoridades se ofendieron porque era un extranjero el elegido. Quizás a los checos tampoco les gustaron mis barbas y pelo largo.

—*Se tiene la impresión de que la Beat Generation se esfumó.*

—Bueno, ésa es una impresión de la CIA. Burroughs está escribiendo cada día más y mejor. Está considerado como un gran escritor. Pronto publicará su novela más reciente, *Cities*

of the Red Night. Es una novela de ciencia ficción que tiene como tema una guerra de exterminio en el mundo. Corso también publicará otro libro. Hemos pasado el verano juntos, trabajando y escribiendo. Lo hemos hecho por años en Boulder, Colorado, en una institución que se llama Naropa Institute. Ostrovski, Corso, yo y otros enseñamos poesía allí.

—*Usted, que en los años cincuenta significó un puñetazo en el rostro de la sociedad norteamericana, con los años se volvió un hombre tranquilo, entregado a la meditación.*

—No, no, ésa es también una impresión que maneja la CIA. Mis compañeros y yo siempre estuvimos y hemos estado interesados en la meditación. ¿Conoce la novela de Kerouac, *Visiones de Cody*? La meditación es lo más importante, porque permite conectar el corazón con el cerebro, y esta conexión sólo es posible con la palabra. Para cambiar el mundo hay que empezar por cambiar uno mismo, si arreglas tu corazón puedes arreglar tu propio cuerpo.

—*La mayoría le hace preguntas de tipo político y usted no es un político profesional; mejor díganos cuál cree usted que ha sido la influencia que su poesía ha ejercido sobre los jóvenes poetas de Norteamérica.*

—Ha habido diferentes influencias, algunas indirectas, como Bob Dylan, tanto en sus películas como en su obra literaria; otras directas, que han dado lugar a que se escriba una poesía más abierta a la meditación, manteniendo y evitando así que la poesía sea abstracta e intelectual. Por lo demás, quisiera decirle, que lo que sucedió en Cuba y en Checoslovaquia fue un accidente, nunca planeé los escándalos que allí se produjeron. Estos hechos me dieron la lección de que debía alejarme de toda política partidista, aunque sigo estando receptivo a la información que se produce sobre Latinoamérica y pongo gran empeño en combatir las manipulaciones del imperialismo.

Hace cuatro años Ginsberg colaboró con Bob Dylan en una película caótica, extraña, como su libro, *Tarántula*, narcisista, en la que destaca sobre todas las cosas la música de Dylan,

como era de esperarse, y la presencia de Ginsberg, quien aparece leyendo sus poemas, cantando mantras y meditando. La película se exhibió en un cine del barrio de Candem, y tenía una duración de cuatro horas. Ha sido un fracaso comercial y recientemente los productores decidieron abreviarla a dos horas de duración con el fin de hacerla entrar al circuito comercial de varios países. Le pedimos a Ginsberg que nos comentara qué piensa de la película: "Me dio una gran enseñanza sobre dicción y me enseñó a pronunciar las vocales y las consonantes, y también me enseñó a trabajar con grupos de rock".

Ginsberg, que se dice un poeta punk, se negó a seguir hablando porque no teníamos grabadora, requisito que no les pide a los periodistas norteamericanos, como el que lo entrevistó largamente en su hotel el día que llegó a Morelia.

31 de agosto de 1981.

*El especialista en la novela mexicana no escribe para los autores, "de una novela importa cómo es, no si es buena o si es mala":
John Brushwood*

Dice John S. Brushwood, especialista en novela mexicana, que le resulta muy difícil hablar de los autores: "Yo sólo pienso en novelas. Nunca doy un juicio general sobre un autor, un mismo autor puede ser muy distinto en dos novelas", declara el investigador norteamericano, quien desde 1947 ha seguido con atención la narrativa que se ha escrito en nuestro país, por lo que se le considera uno de los hombres mejor informados en este aspecto. Sonriente, comenta: "No he leído todas las novelas que se han escrito en México, pero he leído muchas de ellas".

En reconocimiento a su interés por la literatura mexicana, el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA) ha dado inicio a una serie de mesas redondas en las que el tema central es John S. Brushwood, nacido en Virginia en 1920 y doctorado en literatura hispánica por la Universidad de Columbia. Brushwood recuerda con agradecimiento la invaluable guía que siempre le proporcionó Andrés Iduarte.

—*¿Cómo nació su interés por la novela mexicana?*

—Desde niño me gustó leer novelas. Leía de todo. En el pueblo donde nací y crecí no había bibliotecas ni librerías. El pueblo estaba formado por unas cuantas casas y la carretera, así que debí conformarme con los libros que había en mi casa. Ingrese a la universidad para estudiar literatura. Quise

especializarme en literatura norteamericana e inglesa. En esa época me gustaban mucho las novelas de Jane Austen y Steinbeck.

—¿Y los novelistas de la *Generación Perdida*?

—Los leí mucho después. Recuerdo que su popularidad se debió al interés que despertaron entre los franceses. Los norteamericanos empezaron a leer a Faulkner hasta que Sartre dijo que se trataba de un gran novelista. Pero volvamos a la lengua española. Me ocupé de estudiarla por motivos pragmáticos, no hubo nada de romántico en mi primer acercamiento a esta lengua. Cuando estaba en el *high school* estudié francés con resultados muy mediocres. Al inscribirme en la Universidad Randolph-Macon me vi obligado a estudiar una lengua extranjera. Un profesor de lengua española me sugirió que estudiara español. En el estudio de esta lengua saqué buenas calificaciones. El profesor resultó tan excelente que logró que concentrara mis esfuerzos en el estudio de la literatura española.

Leí entonces *El Lazarillo de Tormes* y *Marianela* y comencé a leer a los dramaturgos del Siglo de Oro. Después pasé a la Universidad de Virginia, donde estudié la maestría en literatura hispánica; volví a los estudios de francés, y en esa ocasión tuve mejor resultado. Cuando decidí obtener el doctorado me fui a la Universidad de Columbia, en Nueva York. Me especialicé en literatura hispanoamericana. Tres profesores fueron determinantes en mi formación: Andrés Iduarte, Federico de Onís y Ángel del Río. Antes de asistir a Columbia visité la ciudad de México para practicar mi español. En el verano de 1943, en Mascarones, tuve mi primer contacto con esta ciudad, de cuyos cambios profundos y frivolidades he sido testigo. En esa época recuerdo haber leído *Los de abajo* de Azuela y *El indio* de López y Fuentes. Los leí por curiosidad, no porque tuviera un especial interés en la literatura mexicana.

Cuando tuve que hacer mi tesis de doctorado decidí que me ocuparía de la novela mexicana del siglo XIX. La hija de Tomás Navarro Tomás, Joaquina, era mi compañera de estudios; ini-

ciamos juntos el estudio de la novela mexicana del siglo XIX; ella se ocupó de la novela realista y yo, de la romántica. El periodo de mi estudio abarca de 1830 a 1885 y en él destaco las dos corrientes que dominaron la novela de esos años: la claramente sentimentalista y la que tiene cierta significación social. El novelista que más me gustó fue Altamirano. Con tales antecedentes, poco después de concluida mi tesis, Pedro Frank de Andrea, que acababa de fundar una pequeña editorial para difundir estudios sobre literatura mexicana, me invitó a participar, con José Rojas Garcidueñas, en la redacción de una breve historia de la novela mexicana. Me ocupé de la primera parte, es decir, mi historia concluía en 1810. Rojas Garcidueñas y otras personas, lo mismo en México que en los Estados Unidos, me animaron a que emprendiera una historia de la novela mexicana.

En 1957 vine a México por primera vez como investigador. En ese año realicé una investigación sobre la novela durante el porfiriato. Publiqué mi ensayo con el título de "La novela frente al porfiriato" en la revista *Historia Mexicana*. Me dije que si quería escribir una historia de la novela mexicana en el siglo XX, era imprescindible saber qué había sucedido con ella durante el porfiriato. Cuando me ocupé ya del siglo XX me enfrenté con un problema: el de las vanguardias. Todo mundo hablaba de la novela de la Revolución mexicana; se pasaba por alto que, al mismo tiempo que las novelas de la Revolución mexicana, se habían escrito otro tipo de novelas; me adentré así en el conflicto entre nacionalismo y cosmopolitismo. Leí la revista *Contemporáneos* y otras anteriores y posteriores, como *México Moderno* y *Pegaso*, por ejemplo. El fruto de esa investigación fue mi ensayo: "Contemporáneos y los límites del arte".

—¿Cuál es su opinión de los Contemporáneos como novelistas?

—Bueno, es claro que las novelas de los Contemporáneos son novelas escritas por poetas en los que domina el cosmopolitismo. Es difícil definir escuetamente esta tendencia. En España también estuvo presente esa forma de concebir una novela, basta recordar las obras de Benjamín Jarnés. Al lado

de los Contemporáneos hay que recordar el otro aspecto de la vanguardia: los estridentistas, con narradores como Xavier Icaza, eran menos líricos que Owen o Torres Bodet.

—*Icaza ya no se lee. Su obra y su nombre son ajenos a las nuevas generaciones de lectores.*

—Esto quizá se deba a que la preocupación de Icaza por la tecnología fue excesiva. Sus novelas se identificaron demasiado con una época. Cuando las novedades de la tecnología dejaron de ser singulares para convertirse en lugares comunes, las novelas perdieron interés. Sería interesante que se reeditaran. Forman parte de un momento de la literatura mexicana. A Icaza le atraía mucho la caricatura, recuerdo que en su novela *Panchito Chapopote*, el Tío Sam y John Bull se convierten en personajes que entran en competencia por el petróleo de México.

Con los años se agudizó el problema entre nacionalismo y cosmopolitismo. Este problema se vino a resolver con la aparición, en 1947, de la novela *Al filo del agua* de Agustín Yáñez. En ella están presentes lo mismo el nacionalismo que el cosmopolitismo. Dentro de la novela se resuelven las diferencias. Yo diría que la novela moderna mexicana nace con *Al filo del agua*, a partir de ella no sólo la novela mexicana sino también la hispanoamericana es otra. Veo en la novela una línea de continuidad con la vanguardia de los Contemporáneos. Supongo que los estudiosos están enterados de que Yáñez empezó a escribir en los años veinte cuando los Contemporáneos comenzaban a destacar en la literatura. Yáñez escribió prosa de vanguardia como el cuento "Baralípton". Hasta la fecha no sé qué significa esta palabra. Recuerdo que leí *Al filo del agua* poco después de que se publicó y la impresión que recibí fue estupenda. Me dije: "he aquí una novela que contiene todo: la vanguardia, el costumbrismo, el lirismo, y que me reta a emprender una segunda lectura".

—*¿Escribió inmediatamente sobre el libro?*

—No, me hubiera sido imposible. Con una novela como ésta hay que esperar que pase cierto tiempo: pide muchas relectu-

ras. En los Estados Unidos no faltaron las personas que me preguntaron si podía entender la novela; les respondí que sí porque en mi país tenemos pueblos que comparten ciertas semejanzas con los de México. La novela es un ejemplo de lo que se puede lograr cuando hay talento para combinar el nacionalismo con el cosmopolitismo. La temática de la novela es eminentemente mexicana, pero se entiende en cualquier parte por el conflicto que presenta entre lo cerrado y la apertura.

—¿En qué año se publicó por primera vez su estudio México en su novela?

—La versión en inglés se publicó en 1964 con el sello editorial de la Universidad de Texas. En 1971 el FCE pidió mi autorización para publicar el libro en español y también me extendió una invitación para que actualizara el libro. Quisiera señalar que mi estudio es una historia del género en México y no se ocupa específicamente de ciertos novelistas.

—¿Nos podría comentar algo sobre el método que sigue en su estudio de la novela mexicana?

—Mi método ha cambiado. El método que empleo ahora no es el mismo que utilicé cuando escribí *México en su novela*. Ya que me interesa la teoría de la narrativa, a medida que ésta cambia, cambia también mi método. Leo con cierta rapidez. La primera lectura es muy rápida, pero con frecuencia leo una novela más de una vez. Tengo la ventaja de trabajar constantemente con mis alumnos de posgrado, con quienes intercambio análisis sobre las novelas. No estoy diciendo nada nuevo si señalo que cada novela dicta un ritmo de lectura. No es lo mismo leer *Cambio de piel* o *Palinuro de México* que *Pánico o peligro*. Las dos primeras novelas tienen estructuras muy complejas. Hay que aclarar que la accesibilidad de lectura nada tiene que ver con un valor o una característica evaluativa.

En cuanto a mi método actual, cuando leo una novela escribo unos apuntes pensando en unas cuantas preguntas que considero fundamentales. Una de ellas, por ejemplo, es la que se refiere a las características del autor implícito en la novela. El autor implícito es distinto del autor biográfico, es el

El ejercicio del reportaje y la entrevista en el campo del periodismo cultural, que ha nutrido las páginas de las principales revistas y suplementos culturales, no ha sido ajeno a Miguel Ángel Flores. En su personal estilo, combinando la glosa y el diálogo, este periodista, escritor poeta y traductor, ha cumplido una larga trayectoria publicando notas periodísticas, críticas literarias y entrevistas sobre acontecimientos del arte y la literatura dentro de nuestras fronteras. A partir del registro puntual de exposiciones y homenajes, del paso de visitantes extranjeros por nuestro país, de premiaciones o, sencillamente, de la publicación o presentación de una obra artística o literaria, él se adentra, en cada trabajo suyo, en la significación y naturaleza de la obra y el artista. La selección de textos que dan forma a este libro constituye una apretada muestra del trabajo periodístico de un autor generoso y comprometido que, durante más de tres décadas, ha sentido la necesidad de hacerse presente en la vida cultural mediante el contacto vívido y atento con todo tipo de creadores y practicantes del arte.

 **CONACULTA**

DIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES

ISBN: 978-607-516-494-6

